

Certifico ser un extracto auténtico de los apuntes contenidos en la cartera del Sr. Degollado, cuyos apuntes van copiados en cuatro fojas útiles.

Huisquilucan, junio 20 de 1861.

J. M. Gálvez.

### LXVIII

DON SANTOS DEGOLLADO.

#### *Apuntes Biográficos.*

Nació en la ciudad de Guanajuato, en 1º de noviembre de 1813. Sus padres fueron don Jesús Degollado y doña Ana Sánchez.<sup>1</sup> Tuvieron bastantes proporciones, pues don Jesús fué minero; pero como perteneció al partido de los insurgentes, cayó sobre él el anatema de los perseguidores, y en un momento se vió privado, por una confiscación, de todo cuanto poseía, quedando sumergido en la miseria más completa. La edad entonces de don San-

<sup>1</sup> Hay aquí varios errores; para desvanecerlos y para fijar definitivamente el lugar y la fecha del nacimiento de Don Santos, ignorados ó discutidos desde antes de que él muriera, transcribimos aquí su fe de bautismo, pedida para nosotros por nuestro excelente amigo, el laboriosísimo y sabio bibliógrafo Sr. Canónigo don Vicente de P. Andrade, al señor Cura de Guanajuato, quien bondadosamente se sirvió revisar, á fin de encontrarla, los libros de partidas de bautismos de varios años.

«El Pbro. Jesús Ramírez y Aguilar, Cura, Vicario Foráneo y Juez Ecco. de la Parroquia de Guanajuato,

«Certifica: que en el Archivo de este Curato, y en el libro de partidas de bautismo, marcado con el número 126, bajo el 844 y á fojas 121, consta la siguiente:

«En el año del Señor de mil ochocientos once, á 1º de Noviembre en esta Santa Iglesia Parroquial, previa mi licencia, e Br. D. Juan Pa-

tos era de 5 á 6 años: desde tan pequeño comenzó á experimentar los rigores de la miseria. Su vida por aquella época fué errante y de penalidades hasta que por el fallecimiento de su padre quedó en un absoluto desamparo y fué recogido por un tío, cura, el cual se hizo cargo de su educación. Su edad era entonces de . . . (en blanco en el original).

Dicho tío, con motivo de la administración de los sacramentos, vino á esta capital, donde se estableció por algún tiempo. La educación primaria que recibió don Santos fué la de la época; pero teniendo una aplicación decidida por el estudio, se dedicaba más horas que las de costumbre á esta clase de trabajo, siendo menester algunas veces emplear medidas de rigor para obligarlo á descansar. Después, en esta capital entró al Colegio Militar, donde permaneció, siempre con su misma aplicación, hasta que el viejo tío se ausentó de aquí yéndose á establecer al Estado de Michoacán. Lo

checo bautizó solemnemente, puso óleo, crisma y por nombre José Nemesio Francisco á un infante Espl. de un días (sic), hijo legº de D. Franº Degollado y Dª Mariana Sánchez. Padrinos D. Pedro Degollado y Dª María Rosa Ureña, á quienes advirtió su obligación y parentesco; y porque conste lo firmé.—Dº Antonio Lavarrieta.—Rúbrica.»

«Es copia de su original á que me refiero.

«Guanajuato, 26 de marzo de 1907.»

Jesús Ramírez y Aguilar (rúbrica).

R. Castañeda (rúbrica).

N. N.

Ignoramos qué motivo tuvo don Santos para cambiar su nombre de pila por el del día de su bautismo.

acompañó siempre don Santos, teniendo ya entonces á su cargo la dirección de la casa de su tío.

Tanto en su niñez como en su juventud, se dedicó siempre á lo útil y provechoso, desdeñando todo lo frívolo y pueril; así es que compartía el tiempo entre los estudios, á que tenía una grande afición, y el trabajo material; por sí mismo aprendió la natación, el uso completo del caballo y el manejo de algunas armas. Ni cuando joven ni cuando niño tuvo la más mínima desavenencia con nadie, pues, dotado de un carácter absolutamente pacífico y amante de considerar á todo el mundo, nunca tuvo motivo de disgusto. Por el contrario, se hacía estimar de iguales y superiores, por la dulzura de su índole, sensible siempre á la persuasión.

Durante algún tiempo permaneció en el pueblo de Cocupao, á poca distancia de Morelia, en donde su tío administraba como cura; allí ajustó la edad de 18 años, en cuya época contrajo matrimonio con doña Ignacia Castañeda,<sup>1</sup> siendo este enlace muy prematuro, pero con el beneplácito y casi con

<sup>1</sup> Al margen del original aparece la fecha errónea de 14 de diciembre de 1828. Si don Santos hubiera nacido el 1º de noviembre de 1813, como dice el autor, entonces sólo habría contado 15 años al casarse. Transcribimos á continuación el acta de su matrimonio, copiada del libro de partidas de bautismos correspondientes á 1828, del Curato de Cocupao, ó Quiroga, Municipalidad de Morelia:

«En 14 de Octubre de mil ochocientos veintiocho, Yo, el Presbítero don Mariano Garrido, Teniente de Cura de éste, casé y velé, según el orden de nuestra Santa Madre Iglesia, á don Nemesio Santos Degollado con doña Ignacia Castañeda Espinosa de éste. Fueron sus padrinos don Rafael Degollado y doña Rita Castañeda. Testigos, don Antonio Torres y don Paulino Mejía, y lo firmé.»

*Mariano Garrido* (rúbrica).

el consejo de la señora madre de don Santos, que creyó haber encontrado para su hijo una esposa digna.

Su nuevo estado imponía á don Santos obligaciones de más gravedad que las que hasta entonces habían pesado sobre él; así es que pensó en independerse de su tío para ir á establecerse á Morelia, buscando trabajo. Aislado, sin elementos, ni relaciones ni amigos, pudo, después de mil fatigas y afanes, conseguir una plaza de escribiente en el oficio de un escribano que se apellidaba Aguilar. Todo el día y gran parte de la noche empleaba en hacer los trabajos que se le encomendaban, para no carecer de un miserabilísimo sueldo diario que le suministraba Aguilar, y el cual no bastaba para cubrir las necesidades propias y las de su esposa, que ya desde entonces dividió con él los azares del infortunio. Llevado siempre don Santos del deseo de aprender, procuraba acercarse á las personas que podían enseñarle algo; de modo que los pocos momentos que le dejaba libre el trabajo del oficio, los consagraba á la lectura, á conversar con hombres doctos y á la música. Algún tiempo permaneció en el oficio de Aguilar, estimado de cuantos le conocían, hasta que varias personas, que le profesaban un verdadero aprecio, le consiguieron una colocación en la Haceduría de la Iglesia Catedral. Efectivamente, no es lo común que un joven lanzado repentinamente en medio del mundo, sin más brújula que su propio corazón, sepa elegir por sí mismo el buen camino, para el que siempre encuentra

mil tropiezos, cuando se le presenta tan llana y expedita la senda que conduce al precipicio. Pero el Cielo le había dotado de las mejores inclinaciones, y él siempre tuvo una voluntad firme de seguir teniendo por único norte el deber. No por esto su alma era insensible á su desgracia. Varias veces le oímos referir que, cuando fatigado por el trabajo y agobiado por la miseria, no encontraba ni un pariente ni un amigo que le tendiese una mano protectora, rogaba á Dios le privase de una vida en la que no encontraba más que dolorosos sufrimientos, y que algunas veces, al entregarse al sueño, se hacía la ilusión de morir pronto, pues sentía sus fuerzas desfallecidas por la falta de alimentación. En esa época, su alimento era escaso y no lo tenía más que cada 24 horas.

Al fin, don Santos obtuvo la colocación en la Haceduría, que le alivió un tanto sus padecimientos. Allí recorrió toda la escala, subiendo desde el empleo de escribiente hasta el de mayor jerarquía, en un período de cerca de 20 años que sirvió á la Iglesia Catedral. Entonces comenzó una nueva era de vida para él, y coexistió á sus trabajos de empleado la serie de acontecimientos que le prepararon y abrieron las puertas de la política.

Colocado don Santos en la Haceduría de la Catedral, pudo sistemar con más regularidad sus quehaceres, distribuyendo el tiempo en su ocupación favorita: el estudio. Perfeccionó el aprendizaje de la lengua patria, se dedicó al de la latina, al estudio de las Matemáticas, de la Geografía, de la Fí-

sica y al de la Jurisprudencia. Estos ramos los aprendió como objeto primordial, dedicando á ellos un período considerable de tiempo; mas no por esto abandonó la instrucción que puede llamarse de ornato, ni los ejercicios de fuerza á que desde niño fué tan afecto. Teniendo un gusto decidido por las bellas artes, emprendió también el aprendizaje del dibujo y de la pintura y el de la música.

Llegó á aprender ambas cosas con bastante perfección, especialmente la música. Un Canónigo de la Catedral, apellidado Mesa, le enseñó gratuitamente el canto y la nota. Continuó también adelantando en pulsar la guitarra, consiguiendo, al fin, mucha destreza en tocar este instrumento. Excusado es decir que él no tenía los recursos bastantes para proporcionarse todos los libros y maestros; pero como por su aplicación se había hecho estimar y conocer, muchas personas le facilitaban sus libros y le comunicaban sus conocimientos, pues jamás desdeñó aprender algo, cuando se le presentaba la ocasión. De este modo estudió la esgrima, el manejo del sable y la táctica de infantería y se instruyó en la economía de los cuerpos. Evidentemente, no era esto porque él hubiera previsto su posición futura, sino por su avidez en aprender todo aquello que le venía á las manos. Fué su máxima constante: *nunca es tarde para aprender*. En los ratos de ocio, para descansar de las fatigas intelectuales, se dedicaba á los ejercicios de fuerza, como los juguetes [sic] de campo, la natación, la equitación y los trabajos mecánicos. Así es que en

tre varias cosas curiosas que hacía, aprendió el arte de carpintería: en su propia casa lo ejercitaba frecuentemente; adquirió una colección de instrumentos y por sí mismo construyó objetos curiosos del arte, ya para su uso, ya para obsequiar á sus amigos. Consagrado siempre á la ocupación, no se le miraba en bailes ni paseos ni concurrencias públicas. Con toda verdad, no sólo huyó de toda clase de excesos, sino que ni aun se permitió aquella clase de juegos y placeres que son admitidos en la sociedad.

Profesó una veneración y un afecto tan grande á la señora su madre, que vivió hasta el año de 1846, que decía: *si mi madre me manda que me ahorque, la obedezco*. La educación de sus hijos fué una de sus primeras atenciones: les inculcó los más severos principios de una sana moral, les obligaba al estudio, y él mismo se hizo su maestro y director. De esta manera les enseñaba las traducciones de Fedro, Nepote, Cicerón, Virgilio y Tracio, y les daba cuantas explicaciones le pedían de los problemas de Algebra y de Geometría.

La constante dedicación al trabajo no dejó de quebrantar algunas veces su salud de roble. Contrajo una enfermedad de ojos, que le duró mucho tiempo, y á tal grado, que él creyó iba á quedar ciego. Así, pues, pensó prepararse para este nuevo revés de la fortuna, apelando á la música, y con una resignación estoica se dedicó á aprender á tocar la flauta, juzgando que con este ejercicio podría adquirir para la subsistencia, como lo hacen algu-

nos ciegos, tocando en los parajes públicos á donde son llamados. En él no era extraña esta resolución: cuantos le conocieron saben que estaba conaturalizado con la adversidad, y que, acostumbrado desde sus tiernos años á esta escuela, ni le sorprendía ni le inquietaba la perspectiva de cualquiera desgracia. Su familia, educada del mismo modo, caminaba con él en perfecto acuerdo. Afortunadamente, aunque no sanó del todo, consiguió aliviarse de los ojos y continuó sus tareas de costumbre.

Como empleado de la Catedral de Morelia en la época de que se viene haciendo mención, cumplió siempre su deber con religiosidad é inteligencia. Siguiendo estrictamente la escala que se acostumbra allí para los ascensos, la recorrió toda sin dar nunca lugar al menor reproche. En su empleo no se limitó solamente al desempeño mecánico de él, por decirlo así, sino que procuró hacer un estudio especial de la antigua legislación española acerca de la renta decimal. Lo consiguió y con bastante fruto, pues diversas ocasiones fué llamado al seno del Cabildo para ilustrar las cuestiones que se ofrecían, tanto acerca de la distribución de los diezmos, como de la mejor inversión en los ramos que previene la bula de erección de la Iglesia Catedral.

Era natural que esto le hubiera granjeado el aprecio de los Capitulares. Casi todos le dieron pruebas de amistad, entre los antiguos Canónigos, distinguiéndose entre ellos el Deán Dr. don Joaquín Moreno. El conocimiento íntimo que este señor llegó adquirir de don Santos, á quien enco-

mendaba todos sus negocios particulares, así como la ejecución de varios trabajos extraordinarios y difíciles, le hizo decir que no era aquella oficina el teatro donde Degollado diera ensanche á sus conocimientos y actividad. Entre esos trabajos extraordinarios, merece una particular mención la formación de un cuadrante que comprendía la cuenta de grandes sumas que desde el año de 1806 hasta el de 1850 se habían dejado de repartir, y que liquidó y formó hasta el último centavo con toda prolijidad, expresando la cantidad que debió repartirse entre los partícipes de la renta decimal; pues es sabido que el reparto parcial que cada mes se verifica, es á buena cuenta de lo que á cada uno le corresponda, según el producto total de los diezmos en cada año. Hasta cierto punto podía decirse que aquella suma era un hallazgo para los individuos del Cabildo, pues no tenían conocimiento cómo Degollado procuró adquirirlo, registrando é imponiéndose de los antiguos archivos de la Iglesia Catedral. Por recompensa, pues, de este trabajo, que don Santos ejecutó fuera del de la ocupación diaria de oficina, el Cabildo acordó darle una cantidad, como se verificó, á pesar de que el Dr. Moreno no la creyó bastante para recompensar el trabajo impendido en el cuadrante, que se singularizó, llamándolo cuadrante monstruo.

Antes de esa época, y cuando don Santos tenía un empleo subalterno en la Haceduría, y siendo Contador de ella el Sr. D. Luis Gutiérrez Correa, emprendió dos estudios curiosos por sí mismos. Fué

el primero el aprendizaje de la taquigrafía, en tiempo en que no había en Morelia quien la supiese. Un libro impreso, que creemos le regaló el mismo Sr. Gutiérrez, le sirvió de maestro; lo estudió, escribió todos los ejercicios y aprendió dicho arte. Había sucedido al Sr. Gutiérrez en la Contaduría, cuando emprendió otro trabajo no menos curioso: tal fué el de las operaciones aritméticas ejecutadas por los números romanos. Sus resultados los publicó en los periódicos que en aquella época circulaban en Morelia.<sup>1</sup>

Hasta aquí nos hemos ocupado de dar á conocer los rasgos más notables de la carrera pasiva de don Santos. Comenzaremos con referir ahora su vida activa, la cual le dió á conocer en el terreno difícil del hombre público, sin que por esto haya cambiado en lo más mínimo su carácter; pues tal cual fué en la familia se presentó ante la sociedad, aunque dando siempre mayor ensanche á sus cualidades, que venían á resumirse en estas dos cosas: buscar la verdad y hacer el bien á los demás, cuidando muy poco ó nada de su individuo.

A su propio estudio y dirección debió su educación social y política; así que, en todos sus actos no siguió otra norma que las inspiraciones de su conciencia, contra la cual no hubo poder que le hi-

<sup>1</sup> Después de estas palabras, que aparecen en el primer renglón de una página casi toda en blanco, está escrito, de puño y letra del erudito Dr. don José María Marroqui: "Mariano Garrido. Pénjamo."